



La Azulita

Pueblo situado sobre la cordillera de La Culata, en la vertiente del Lago, sobre una meseta colgada de la montaña a 1.135 metros de altitud. Se le llama el Balcón de los Andes por sus huertas tan abundantes, bucólicas aldeas de casas blancas adornadas con flores multicolores y fértiles campos de cultivo. La naturaleza se muestra muy pródiga en aquellos lugares, regados por blancas corrientes

de aguas y cascadas cristalinas, que tienen por escenario de fondo el valle profundo del río Capaz. El nombre de la Azulita, proviene del color azul que se observa sobre el valle del río Capaz, enfrente del poblado. Disfruta esta población de una temperatura agradable de 20 ° C.

Existen tres vías para ir hacia La Azulita. La primera de ellas es una troncal que parte de la carretera Panamericana, a 35 kilómetros de El Vigía en dirección hacia Caja Seca, a la altura de Caño Zancudo y se remonta por la cordillera. Es una carretera ancha y bien asfaltada de unos 23 kilómetros que atraviesa un paisaje natural de gran belleza y colorido, donde los enhiestos cedros y bucares destacan entre el verde del follaje. Una segunda vía es la que parte desde Mérida, pasa cerca de Jají y cae a La Azulita, desde arriba, en un trayecto de 77 kilómetros. La carretera se encuentra en este momento en pésimo estado, por la gran cantidad de derrumbes y deslizamientos que han deteriorado la calzada. Los paisajes que se observan en este trayecto son hermosos: verdes colinas donde se desarrolla una ganadería de altura, bosques de pinos laso y selvas nubladas.

Una tercera vía parte desde Lagunillas, sube hasta al pueblo de La Trampa, pasa por La Sabana y entra a La Azulita por el oeste. Esta vía resulta ser la más larga de todas, pero es también de gran interés por la belleza de los paisajes que se nos presentan y la diversidad de pisos climáticos, que van desde los 2.500 hasta los 1.000 metros de altitud. Se inicia el recorrido en el sector de El Molino de Lagunillas, a través de una vía ancha y bien pavimentada que serpentea por las faldas de los cerros hasta ganar la cima de un páramo, llamado El Molino. De allí en adelante la vía se angosta considerablemente hasta llegar al pueblo de La Trampa: un lugar que luce muy acogedor por la nobleza de sus casas muy antiguas, de tejas manchadas por el tiempo, con anchos aleros alineadas a lo largo del camino. En la parte alta del poblado se erige la pequeña iglesia enfrente de una pequeña plaza muy pulcra con edificaciones escolares

de construcción reciente Al dejar La Trampa, se inicia el descenso prolongado hacia La Sabana en un camino mas bien apto para vehículos rústicos por lo escarpado del terreno. Aparecen aldeas de ensueño rodeadas de los campos de cultivo de papas y apio en la parte alta de esta meseta oculta entre montañas, de un verde profundo que se difunde con matices de acuarela en la fina neblina. Después de La Sabana pasamos por un bosque nublado, ajeno de toda presencia humana y animado por los alegres silbidos de los pájaros: loros bulliciosos volando entre las copas de los árboles más altos en numerosas bandadas, carpinteros ocupados en el taladrar de los troncos, las palomas revoloteando aquí y allá, los cristofués con sus cantos largos y sonoros, aguerridos azulejos y los gregarios querrerres de pecho amarillo y torso verde. Es un ecosistema muy bien conservado, donde hay abundancia de comida para las aves que picotean los tiernos frutos de los higuerones, cínanos, uvitos, maitines y lancetillos.



En estos bosques habita el oso frontino, el cual es el único oso autóctono de la América del Sur. Se caracteriza por su pelaje negro, con manchas blancas en forma de anillos alrededor de los ojos, por lo cual se le llama también “oso de anteojos”. Este mamífero ha sido muy perseguido por el hombre, debido a su fama de agresor al ganado, lo cual

es falso. Es bastante difícil encontrarse uno de ellos, pues viven escondidos entre el bosque y evitan la presencia humana.

Un poco más abajo de aquel paraíso de aves, se anima el paisaje al aparecer las suaves colinas tapizadas de quicuyo, y las hermosas fincas, donde pasta al ganado Holstein, al lado de las casas y cabañas de estilo europeo. En sus patios vemos los cántaros de aluminio rebosantes de leche recién ordeñada. Pasamos por encima de una formación carbonífera muy especial con un tipo de roca negra y muy blanda que se deshace en nuestras manos al apretarla un poco. Seguimos andando entre potreros y ahora comienzan a verse los sembradíos de café. Se calienta un poco el aire y surgen las aldeas de La Osa y Mesa Alta, que anuncian la presencia del poblado.



Estamos en la cuenca del río Capaz, que pasa a los pies de La Azulita, después de recibir las aguas del río Ron, río Macho, río Blanco, río Negro y varias quebradas que nacen en los altos páramos, a más de 3.000 metros de altitud, para desembocar en el Lago de Maracaibo.

La Azulita presenta muy pocas casas tradicionales de tapias y tejas, siendo la mayoría de las viviendas construcciones de bloque y cemento con techo raso de platabanda. En sus calles bulliciosas y atestadas de vehículos rústicos que bajan y suben, se alinean con muy poco orden los almacenes del café, al lado de las carnicerías, abastos y venta de todo tipo de mercaderías. Es un pueblo de vocación comercial que sirve de enlace entre la montaña y la tierra llana.

Bajamos por una cuesta muy pendiente hacia la plaza, rodeada de ventas de comida y cervecerías muy ruidosas. La moderna plaza de cemento se complementa muy bien con la iglesia. Es difícil no dejarse



embelesar por el encanto de su iglesia que atrae todas las miradas. Es un templo moderno, distinto a todas las iglesias de los Andes, por su arquitectura audaz de grandes volúmenes lisos, dentro del estilo neogótico y terminado de construir en 1967. Es una de las iglesias más altas de Venezuela. Está dedicada a la Virgen de la Inmaculada, cuya imagen monumental de 9 metros de altura se eleva delante de la fachada. Destacan sus dos torres rectangulares bastante altas, con un reloj en la parte superior. Su interior iluminado por la luz multicolor que se filtra por los vitrales respira paz infinita y recogimiento. Sus arcadas, columnas y muros en obra limpia de concreto, así como su bóveda apuntada, dan testimonio de la grandeza de esta obra, orgullo de los azulitenses. La Azulita es la capital del municipio Andrés Bello, con una población de 11.138 habitantes.